

Del mismo modo que el exilio constituía una escisión en la realidad física, bajo la forma del destierro, la Iglesia tenía el poder de marginar a los indeseados de la comunidad cristiana, a través de la excomunión. Este tipo de sanción tenía una dimensión dramática, ya que implicaba

la imposibilidad de entrar en las iglesias y en los lugares sagrados, al mismo tiempo que el repudio social.

Por otro lado, la enfermedad tiene sus efectos marginadores. La aversión, el miedo al contagio y el desprecio hacia los tullidos, es mayor que la caridad. Con la epidemia de la lepra, la Iglesia y las instituciones públicas actuaron de común acuerdo, a fin de separar a los leprosos del resto de la sociedad. Las leproserías deben estar fuera de los centros habitados. Los leprosos no pueden tocar nada de lo que tocan las personas sanas; su paso debe ser anunciado por el sonido de una *carraca* (instrumento de percusión). La opinión pública los mira con temor. En este conjunto de fuerzas que accionan la segregación, la moral no es ajena: a los leprosos se les atribuye desenfreno sexual. Sin embargo, la exclusión del leproso depende de la posición social del enfermo. Si la familia es rica, permanece con ella. Pero en las personas pobres se instaura una ambivalencia propia de la época hacia los mendigos y la pobreza en general, entre la condena de un modo de vida y el elogio de las virtudes de la renuncia.

Al final de la Eda Media la lepra desaparece del mundo occidental, no debido a las obscuras prácticas de los médicos, sino como consecuencia de la segregación y de la ruptura de los lazos de Europa con Oriente, donde se hallaban los focos de infección. Es en esta exclusión que se da una exaltación inversa: por una parte el leproso es el estigma de la cólera divina, por otra, marca de *Su* bondad. En el ritual de la diócesis de Viena, impreso por orden del arzobispo Gui de Pouissieu, hacia 1478, aparece: "Amigo mío, le place a Nuestro Señor que hayas sido infectado por esta enfermedad, y te hace Nuestro Señor una gran gracia, al quererte castigar por



los males que has hecho en este mundo." Y en otra parte se agrega: "Y aunque seas separado de la Iglesia y de la compañía de los Santos, sin embargo, no estás separado de la gracia de Dios."(4) Expulsados de la Iglesia, su salvación se logra a través de esta misma exclusión, y

gracias a ella, son salvados por la mano que no les es tendida. El pecador que no los ayuda, los acerca a la salvación. "Por que tengas paciencia en tu enfermedad; pues Nuestro Señor no te desprecia por tu enfermedad, ni te aparta de su compañía; pues si tienes paciencia te salvarás, como el ladrón que murió delante de la casa del nuevo rico y que fue llevado derecho al paraíso."(5). Esta particular perspectiva que hace de la exclusión una forma distinta de comunión, permanecerá desaparecida la lepra, durante dos siglos más.

#### *Stultifera Navis: la exclusión liminar*

En el imaginario de principios del Renacimiento aparece una nueva figura, inspirada en el viejo ciclo de Los Argonautas. La moda literaria compone estas "naves" con héroes ficticios, que a modo de modelos éticos se embarcan en un gran viaje simbólico, cuyo fin será la forma de su destino o de su verdad. Pero de todas estas embarcaciones novelescas, el *Narrenschiff* es el único que ha tenido existencia real: transportaban de una ciudad a otra sus cargamentos insensatos. Los locos eran por aquel entonces expulsados de las ciudades, y se les confiaba a un grupo de mercaderes para que se los llevaran en sus barcos. Esta práctica era sobre todo frecuente en Alemania. Sin embargo, no debe reducirse la situación de los locos a la mera perspectiva de una medida expulsatoria. En la mayor parte de las ciudades de Europa durante toda la Edad Media y el Renacimiento, existió un lugar de detención reservado para ellos, y en ocasiones, en algunos hospitales son recibidos para ser curados. Por otra parte, existían peregrinaciones organizadas y subvencionadas, a veces, por los hospitales o las ciudades. Puede ser que estas

peregrinaciones tuvieran el valor simbólico de conducir a los locos en busca de la razón.

El acceso a las iglesias estaba prohibido a los locos, aunque no le eran vedados los sacramentos. En ocasiones, algunos locos eran azotados públicamente, y como en un juego, los ciudadanos los perseguían simulando una carrera, expulsándolos de la ciudad con golpes de varas. Marcas, todas estas, de exilios rituales.

La navegación de los locos poseía una eficacia doble: aseguraba el alejamiento del loco y la purificación de su alma. El agua aporta sus conexiones subterráneas con la vida, con la purificación, con la locura y la muerte. El loco se embarca en un viaje que al fin y al cabo, lo lleva a la incertidumbre de su suerte; en cierto sentido es un viaje a la muerte, en tanto puede ser el último. Por otro lado, al regresar es de este otro mundo de donde el loco desembarca. En tanto ámbito real y a la vez imaginario, el loco se establece en una situación liminar respecto del pensamiento del hombre medieval. Su exclusión debe recluirla. Su prisión no es otra que los lugares de tránsito. En la más amplia libertad de rutas se haya encadenado a la encrucijada infinita: es prisionero del viaje.

A fines de la Edad Media la locura y el loco son personajes importantes por su ambigüedad. En las farsas, el personaje del loco, del necio y del bobo, ocupa el centro de atención. Figura a un mismo tiempo ridícula, pero se la representa poseyendo la verdad. Así como la comedia de cada personaje engaña a los otros y se engaña a sí mismo, el loco en una inversión dice la verdad con su lenguaje de necio, transformando en crítica social y moral lo que hubo en ellos de parodia religiosa espontánea. El loco tiene su verdad y es esto lo que inquieta. En *El Caballero Inexistente* de Italo Calvino, un loco asignado escudero por el rey Carlomagno se halla prisionero en una marmita invertida, desde allí golpeando con una cuchara grita constantemente "¡todo es sopa!". He aquí el pensamiento del hombre cuerdo que observa la situación: "A Rambaldo esta visión lo turbó de tal manera que la cabeza se le iba; pero no era tanto asco, como una duda: que aquel hombre que daba vueltas allí delante, cegado, tuviese razón y que el mundo no fuera sino un inmenso potaje sin forma en el que todo se disolvía y teñía de sí a todo lo demás." En otra instancia, la locura actúa en el centro mismo de

la razón y la verdad en la literatura culta. En los discursos académicos se la reivindica como más cercana a la felicidad y a la verdad que la razón, más cercana a la razón que la razón misma. A lo largo del siglo XV el concepto de locura tiene una evolución diferente en el lenguaje pictórico, y en el lenguaje literario. Foucault rastrea estas divergencias.

### *De la vivencia trágica del mundo al confinamiento*

En el lenguaje pictórico las cosas sobrecargadas de atributos y connotaciones, terminan por perder su propia faz, ya no son comprendidas en su percepción inmediata. Este sentido multiplicado de las formas deriva en tantas significaciones diversas, que ofrece al espectador un rostro enigmático. La pintura ya no enseña, sino que fascina. En esa red de significados el deseo se desliza subrepticamente; la locura es convertida en tentación. En el Renacimiento, dice Foucault, "la animalidad ha escapado de la domesticación de los valores y símbolos humanos; es ahora ella la que fascina al hombre por su desorden, su furor, su riqueza en monstruosas imposibilidades, es ella la que revela la rabia oscura, la locura infecunda que existe en el corazón de los hombres."<sup>(6)</sup> El loco en su zoncera, posee este conocimiento inaccesible. Relacionado con el saber vedado del árbol prohibido en el paraíso, el saber del loco predice el fin del mundo y el reino de Satán. En la nave de los locos el hombre viaja por un paisaje delicioso, no conoce ya el sufrimiento ni la necesidad, sin embargo, no ha recobrado la inocencia. Es este ilusorio Paraíso triunfo diabólico del mal, su falsa felicidad muestra el Fin próximo ya. De esta locura experimentada en el acaecer del mundo, se deduce el advenimiento del Apocalipsis. En el espacio de la pura visión, la locura despliega sus poderes como fuerza primitiva de revelación: lo onírico es real. Las apariencias del sueño y la verdad oculta del loco destacan el sentido secreto del orbe. En esta trama de apariencias y de enigmas se despliega en la pintura del siglo XV, *la trágica*

*locura del mundo.*

En el lenguaje literario, la Edad Media había colocado a la locura en la jerarquía de los vicios. Así como se establece una antinomia entre la esperanza y la desesperación, la castidad y la lujuria, la paciencia y la cólera, del mismo modo se opone la locura a la prudencia. Sin embargo, en el Renacimiento la locura deja este modesto lugar hasta adquirir una importancia capital. Dice Foucault: "es un privilegio absoluto de la locura el reinar sobre todo aquello que hay de malo en el hombre. Y por lo tanto, reina también sobre todo el bien que puede hacer: sobre la ambición, que hace a los políticos hábiles; sobre la avaricia que aumenta las riquezas; sobre la indiscreta curiosidad que anima a filósofos y sabios."(7) Por ende la locura, lejos de ubicarse en el espacio trágico del mundo, se entrega a las intimidades del universo moral. El mal no es visto como premonición del fin de los tiempos, sino como falta y defecto. La locura no se relaciona tanto con la verdad y con el mundo, como con el hombre y la verdad de sí mismo, que él sabe percibir. En los discursos filosóficos y literarios del siglo XV, la experiencia de la locura toma el tinte de una sátira moral. Se establece una experiencia crítica de esta misma locura, mediante la distancia de la ironía. Frente a la mirada del sabio, la locura mostrará su mediocre verdad: se convertirá en objeto, y de la peor manera, pues será el objeto de su risa. El discurso por el cual la locura se justifica, proviene de una *conciencia crítica del mundo*. Señala Foucault: "La locura se convierte en una de las formas relativas de la razón, o antes bien locura y razón entran en una relación perpetuamente reversible que hace que toda locura tenga su razón, la cual la juzga y la domina, y toda razón su locura, en la cual se encuentra su verdad irrisoria."(8)

La locura ya no tiene existencia absoluta, sino que existe por relatividad a la razón. A su vez, la locura se convierte en una de las formas mismas de la razón. Prestarle el oído con atención ligera, con ironía, puede dislumbrar la verdad oculta, la sabiduría que tantas largas búsquedas no han sabido alcanzar. Así la locura es un momento difícil, pero esencial en la labor de la razón. A través de ella, y aún en sus victorias aparentes,

la razón se manifiesta y triunfa. La locura era para ella su fuerza viva y secreta. Es imposible que exista un espíritu grande sin cierta mezcla de locura, pero estando por sobre ella la supremacía de la razón.

Entre estas dos formas de experiencia de la locura, la de la vivencia trágica del mundo con las formas fascinantes de los cuadros, y una experiencia crítica de esta misma locura en la distancia insalvable de la ironía, no dejará de aumentar la distancia... Pero esta experiencia trágica se dará cada vez en forma más velada, cediendo espacio y poder a la locura circunscripta por la razón. La locura, retenida y mantenida, ya no será barca, sino hospital. En la época clásica el encierro desplazó al embarco. La Razón irrazonable, tan familiar en el Renacimiento, será imposible de experimentar en la época clásica, lo que ocurre, es el advenimiento de una *ratio*. El estado o la ciudad preparan una forma nueva de sensibilidad frente a los marginados. Ya no se glorifica el dolor, y al hablar del hombre se hablará respecto de sus deberes para con la sociedad; y el miserable o el marginado, será a la vez causa y efecto del desorden. En un fenómeno de dimensiones europeas, comienzan a construirse internados donde van a parar un grupo heteróclito de personas: mendigos, vagabundos, ancianos sin capacidad de valerse por sí mismos, insensatos, hijos que tienen problemas con sus padres. Estos hospicios están destinados a socorrer a los internados, pero contienen a su vez celdas de detención, así como instrumentos de suplicio. Más que un establecimiento médico es una estructura semijurídica. La Iglesia toma su partido: en la Edad Media la miseria estaba santificada en su totalidad; ahora habrá una miseria en la región del bien, la de la pobreza sumisa y conforme con vivir en el orden del internado, sin vagabundear por las calles; y del otro lado la región del mal, la de la pobreza no sometida que intenta escapar de ese orden. La primera encuentra en el internamiento su reposo, la segunda lo rechaza, y en consecuencia lo merece. Lejos de buscar fines curativos, el hospicio era una condenación de la ociosidad. En la Edad Media el gran pecado fue la soberbia, en la época clásica lo será la pereza. De ahí el significado ético del internamiento: se obligará a los



ociosos a trabajar, aún cuando el trabajo no tenga utilidad ni provecho. La moral es así administrada como el comercio o la economía. En este paisaje de míseros, pobres y vagabun-

dos trabajando en forma forzada, los locos se distinguen por su incapacidad para seguir los ritmos de vida colectiva y de las reglas del trabajo obligatorio. Dice Foucault: "Hasta el Renacimiento, la sensibilidad ante la locura estaba ligada a la presencia de trascendencias imaginarias. En la edad clásica, por primera vez la locura es percibida a través de una condenación ética de la ociosidad y dentro de una inmanencia social garantizada por la comunidad del trabajo." (9)

El confinamiento, creación institucional del siglo XVII, es un acontecimiento decisivo. Percibida en el horizonte social de la pobreza, en la incapacidad de trabajar, y en la imposibilidad de integrarse a un grupo, la locura empieza a asimilarse a los problemas de la ciudad.

La importancia dada a la obligación de trabajar, con todos los valores éticos que le son agregados, y las nuevas significaciones dadas a la pobreza, determinan la experiencia que se tiene de la locura.

Perdida su trascendencia, ligada a la razón, la locura será percibida bajo la nueva perspectiva que el confinamiento determina, como perteneciente al dominio de la alienación mental. (\*)

(\*) Reducción de un trabajo presentado en la cátedra de Literatura Española de la Prof. María Elena Cincunegi

## NOTAS

(1) LE GOFF, Jacques [ y otros ], El hombre medieval, Madrid, Alianza, 1990, pág 17.

(2) GEREMEK, Bronislaw, "El marginado"; en LE GOFF, Jacques [ y otros ], El hombre medieval, Madrid, Alianza, 1990, pág 366.

(3) DUBY, Philippe y Georges [ directores ], "El individuo en la Europa Feudal", Historia de la vida privada, Madrid, Taurus, 1991, T IV, pág 202.

(4) Ritual de la diócesis de Viena, impreso por orden del arzobispo Gui de Poissieu, hacia 1478. Citado por Charret, Histoire de l'Eglise de Vienne, p. 752. En FOUCAULT, Michel, Historia de la locura en la época clásica, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, volumen I, pág 17, nota 13.

(5) *Idem*.

(6) *Idem*, pág 38

(7) *Idem*, pág 42.

(8) *Idem*, pág 53.

(9) *Idem*, pág 116.

## BIBLIOGRAFIA

CALVINO, Italo, El caballero inexistente, Madrid, Ediciones Siruela, 1995.

DUBY, Philippe y Georges [ directores ], Historia de la vida privada, Madrid, Taurus, 1991, T IV.

FOUCAULT, Michel, Historia de la locura en la época clásica, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, volumen I.

LE GOFF, Jacques [ y otros ], El hombre medieval, Madrid, Alianza, 1990.